

Eso de Marruecos no ha logrado interesar a los pueblos que habitan España. Y es ello naturalísimo. Eso de Marruecos es, en realidad, un problema internacional, y lo internacional no puede interesar donde falta el sentido de nacionalidad. Pues no es tal el mero instinto de conservación colectiva. El sentimiento de nacionalidad sólo le da una conciencia de una misión histórica común y pública. Y no es misión histórica la de conservarse.

Se ve lo de Marruecos como un negocio, y en cuanto negocio parece que es, en efecto, improductivo, si es que no malo.

Representaba, por tanto, muy bien a la mayoría de los contribuyentes del Estado español el catalanista Sr. Rodés, cuando pedía que mediante tales o cuales ventajas mercantiles se abandonara Marruecos. Para la razón social pseudónima España y Cía., eso de Marruecos es un mal negocio. Y lo será cualquier colonia de explotación, lleve el nombre que llevaré. Y si esa razón social llegase a ampliarse a una República confederativa de Iberia y entrase en ésta Portugal, las colonias portuguesas serían de la nación portuguesa tan sólo y no de la razón o empresa confederativa.

A esto habrá quienes nos vengán diciendo que eso de Marruecos es otra cosa que un negocio, nos hablarán de la posición de España entre las demás naciones y otras idealidades históricas por el estilo.

A esto sólo diremos que ante todo tenemos que poner en claro si España es o no nación. Y en todo caso, ¿qué obra civilizadora puede hacer en Marruecos la que no ha sabido civilizarse ni nacionalizarse a sí misma? ¿Cómo va o españolizar su zona la que no sabe españolizarse a sí misma?

Supongamos que se hable de escuelas. ¿Escuelas españolas en Marruecos? ¿Para qué, si no hay escuelas españolas en España? ¿Enseñar a los moros en español, cuando no se sabe ni se quiere enseñar en español a los hijos de los contribuyentes de España? Y si se nos dijera que en Marruecos hay hoy ya, y porrá mañana haber más hijos de españoles, de quienes se sientan tales, responderemos que también los hay en Argel y en Portugal y en el Brasil y en muchas regiones de Francia y que en estos lugares podía y debía el Estado español crear y sostener escuelas españolas, tanto y mejor que en Marruecos. En Oporto, en Burdeos o en Orán hay seguramente más hijos de españoles que en Tetuán, v. gr. Y no decimos que se instituyan escuelas españolas de enseñanza primaria o secundaria en la Argentina, el Uruguay, Chile o Cuba, porque la enseñanza nacional que se da en estas repúblicas hispano americanas es esencial y fundamentalmente española. Acaso más española que mucha de la que aquí se da.

Sí, el catalanista Sr. Rodés expresaba el desinteresado sentir de los más de los contribuyentes del Estado español, para los cuales la nacionalidad internacional de España es un

mito. «La posición geográfica es nuestro único recurso», decía el nacionalista catalán Sr. Rodés. ¿Nuestro? ¿Qué quiere decir este nuestro? ¿Quiénes somos nosotros? ¿Y qué unidad implica este plural? ¿Es plural? ¿Es dual? Lo que no dijo, lo que no pudo decir es: «la posición histórica es nuestra única salvación». Y no pudo decirlo porque aquí no hay posición histórica española común y pública, no hay sentimiento alguno de una misión histórica que le toque cumplir a España.

Cuando España tuvo un sentimiento de misión histórica, tuvo verdadera unidad. Y su decadencia no vino de su unidad sino del fin a que esa unidad se hizo servir, de la misión a que se consagró la unidad nacional. Y si la unidad se rompe, es porque aquella misión fracasó —como debía fracasar— y no se ha sustituido con otra.

Manuel Aznar decía en *El Sol* que si el problema de Marruecos se sometiera a un plebiscito, nuestro protectorado allí terminaría seguramente con un ¡no! rotundo. Y es natural que así fuese. Ese problema internacional se le plantea a España lo mismo que el nacional se le plantea, y donde la nacionalidad no se siente, mal puede sentirse la internacionalidad. O viceversa.

¡Y aun hay cándidos que hablan de cómo ha de entrar España en la Liga de las Naciones! Para entrar en esta Liga hay que ser nación y para serlo, hay que sentirse tal. ¿Se siente nación España? No preguntamos si se siente empresa o razón social —mercantil e industrial y financiera— pseudónima, sino si se siente nación; si se siente una nación; si se siente nación una.

Lo mejor, pues, es abandonar un mal negocio. Porque nada de violencia. Una vez más tenemos que repetir a los que nos acusan de estrechez de espíritu que no creemos que se deba imponer nada; que a ningún pueblo se le debe imponer gobierno alguno contra su general voluntad; que es locura querer forzar la voluntad casi unánime de un pueblo. Pero el deber de no imponerse así no excluye el de decir siempre la verdad.

Cuando Alberto Revilla, el protestante, decía en sus *Prolegómenos de la historia de las religiones* que a la importancia que el fanatismo religioso dió a la cuestión de la verdad sobre todas las otras debe la ciencia moderna mucho, y que la intolerancia ortodoxa de la Iglesia en la Edad Media imprimió a la sociedad cristiana la disposición a buscar a toda costa la verdad, de que es aplicación el espíritu científico moderno, no le faltaba razón. Lo malo de aquel fanatismo fué el *compelle intrare*, el «¡obligarle a entrar!» ¡No, esto no!; nada de compulsión. Pero sí el fanatismo por lo que se siente ser verdad.

Y la verdad aquí es que España no se siente nación, sino a lo sumo compañía pseudónima de seguros mutuos.



Manuel, 6 marzo 1919

ESO DE MARRUECOS

¿ES ESPAÑA NACION?

POR

Miguel de Unamuno

"ESPAÑA"

en la escuela (B)

